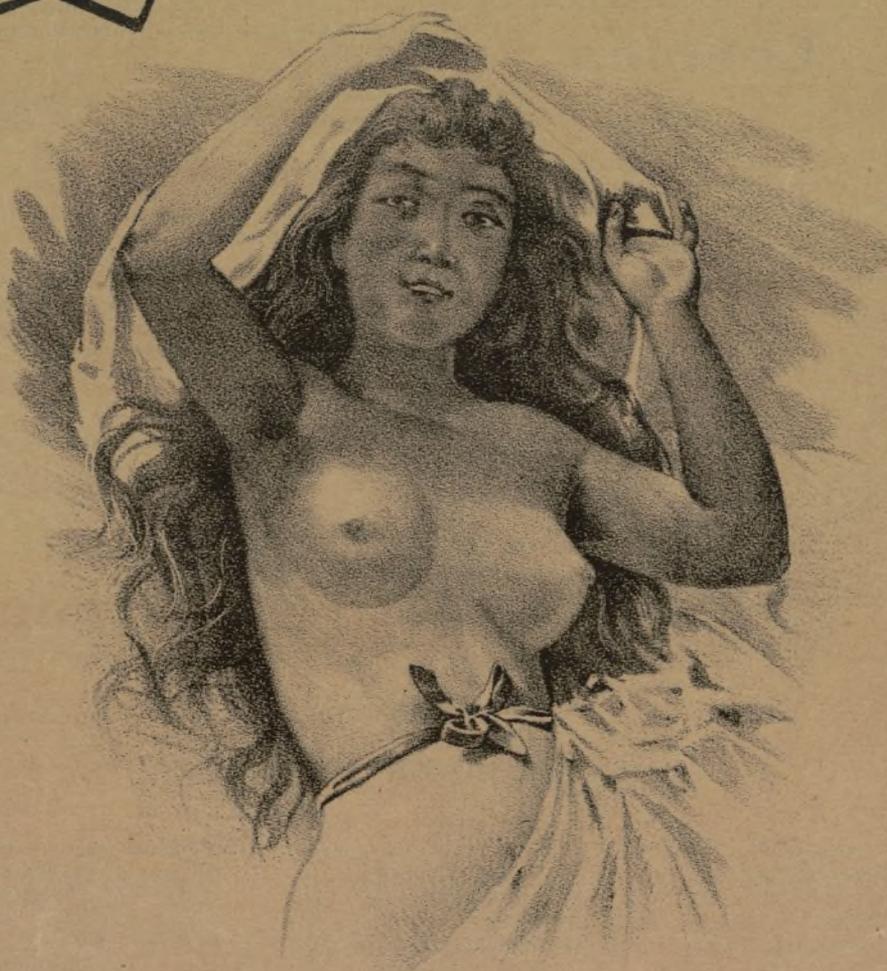


EL ALCHISME

ORGANO DE LAS SEÑORAS

GALERIA DE TIPOS ARTÍSTICOS,



EL MEDIODIA

Cuadro de Reyzner.—Dibujo de Escaler.

¡Ojo y oído!

Agradeceremos á aquellos de nuestros corresponsales á quienes hayan sobrado ejemplares del número pasado de EL CHISME, se sirvan devolvérselos á la mayor brevedad. Es favor que les suplicamos... y devolución que les abonaremos en cuenta.

A los señores que nos piden ejemplares de los dos primeros números de EL CHISME, les rogamos que tengan un poco de paciencia.

Agotada por completo la edición del número 2, en breve procederemos á hacer de él una segunda tirada.

Los que si servimos desde luego son los ejemplares del número 1.º, que hasta el día 15 se expenderán al precio corriente en el kiosco de Tasso, en Barcelona, y en casa de nuestros corresponsales en el resto de España.

Crónica.

Por ahora, lo único que nos preocupa es la crisis. Hay individuos para quienes resuena esta palabra fatal como nuncio infeliz de desgracias sin cuento. Son los que, empleados hasta hoy, ven peligrar la pitanza con el cambio de gobierno.

Los pobres andan por ahí mustios y cariacontecidos. A lo mejor le tropiezan á V. en la calle y le paran para decirle:

—¿Ha visto Vd. qué destino?

—¿El del hombre? Triste es, en efecto. Nacer, padecer, morir...

—No; si no es eso. Hablo del destino que desempeño yo en Hacienda. Quince, nada menos que quince, lo pretenden. Y ahora, con el cambio de ministerio, me lo quitarán; verá Vd. como me lo quitan.

Hay otros, en cambio, seres felices y risueños, aunque conservadores, que andan por esas calles con cara de pascuas y mirada altanera y resplandeciente. Son los que, habiendo ayunado durante cinco años, esperan ahora tomar el desquite del ayuno.

—¿He sido agraciado! ¡he sido agraciado! le dicen á uno á lo mejor.

—Vamos: habrá Vd. sido un Adonis, un Narciso...

—No, señor, no. He sido agraciado... con un destino de 15.000 reales en Gobernación

—¡Qué feliz es Azcárraga!— me decía anteayer un sujeto, tuerto si, pero casado y con hijos— ¡qué feliz es Azcárraga!

—¿Feliz? ¿y por qué?

—Porque él no ha entrado en Guerra hasta ahora. Y yo ya hace ocho años, es decir, desde el día en que me casé, que estoy en guerra: ¡en guerra continua con mi señora!

Hace días que se están repartiendo las hojas para el empadronamiento de cédulas personales. Y no falta individuo que al ser interrogado por el empleado encargado de llenarlas, si le preguntan:

—¿Estado?

Contesta:

—Duque de Tetuán.

Dicen por ahí que el cambio ministerial ha sido mal recibido por la opinión. Pero eso va en gustos.

Es lo que me decía anteayer D. Tiburcio Bicicleta, cesante él y que, por consecuencia ocupa una habitación de una casa de huéspedes de diez duros, con chinches y todo.

—¿Vé Vd. este gabinete que ocupo? Pues en verano es un horno con bichos, y en invierno una nevera con goteras...

—¿Y qué?

—Nada; que ya ve Vd. que es muy justo que yo pida la modificación del gabinete.

Becquer dijo:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

Yo, parodiándole, podría decir:

¡Dios mío, que solos...

nos quedamos los que no vamos á veranear!

Porque en Barcelona, como en las demás capitales, ha empezado ya la desbandada. A la voz de «¡báñese quien pueda!» no ha quedado persona *prudiente* que no haya cogido los trastos de veranear y se haya ido con la música á otros mares.

Habitantes de las playas, que vais á admirar las esculturales y frescas formas de nuestras damas y *demoselles*: ¡yo os envidio!

Y despues de envidiaros, transcribo el diálogo que oí días pasados entre una dama *comm' il faut* y un *sietmesino* de la *crème*:

—¿Dónde va Vd. á bañarse, condesa?

—Yo á Caunterets. ¿Y Vd.?

—Yo á San Sebastián. Es la regla que tengo...

—¡Ah! Pero... ¿tambien tiene Vd. esas cosas?

CANUTO DELGADO.

UN CAMBIO EN LA CABEZA

Una noticia he leído de la Esmeralda Cervantes que mi amor pátrio ha ofendido... Una falta ha cometido con detalles agravantes.

La noticia mencionada dice que la bella arpista, no muy bien aconsejada, ha hecho una calaverada que no hay Dios que la resista.

Despreciando á su nación por interés de fortuna, sin la menor aprension, ha trocado en religión la cruz por la media luna.

El Sultán la oyó tocar el arpa—lo que hace bien— y exclamó sin vacilar: «¡Bravo! Se lo has de enseñar á las niñas de mi harén.

Pero me carga tu estado religioso, y he pensado en transformarte yo mismo... » y fué, y la rompió el bautismo... en sentido figurado.

Le prestó al punto homenaje la simpática Esmeralda é hizo un cambio de equipaje, sustituyendo en su traje con un calzón á la falda.

Y viendo el Sultán que admite la *Cervantes* su convite, ha hecho componer un canto diciendo que es «el desquite de la rota de Lepanto.»

La arpista su cometido con entusiasmo ha emprendido y como el turco la apremia, el haren lo ha convertido en artística academia.

Y allí pasa hora tras hora ejerciendo de instructora

del morisco regimiento, manejando su instrumento con soltura tentadora.

—
Cuando el Gran Turco, atraído por el arte, va á su nido, ella, con delicadeza, le toca al hombre una pieza del repertorio escogido.

—
Y con gracia soberana murmura el Señor:— ¡Sultana! Tu magia el amor despierta... Desde hoy es tuya la Puerta.

(Vamos, la Puerta Otomana.)

—
En pago de su arrebató, nuestra linda compatriota preludia en el arpa un rato, y al fin, le toca una jota, que lo deja turulado.

—
Esto en la prensa he leído y así, al pronto, me he ofendido, pero luego, me he calmado... ¡Si Esmeralda ha *renegado*... será porque habrá querido!

F. LLORENTE (FLORETE.)

ITINERARIO

Sobre ancho sillón de cuero, en una estancia sombría, la recatada María duerme al amor del brasero.

—
Todo en silencio reposa... Sólo en su ritmo sencillo, se oye á un platónico grillo dar serenata á la hermosa.
¡Y hermosa está! A los destellos del carbón, ya vacilantes, brilla en nítidos cambiantes el oro de sus cabellos, y aquel fulgor tornasola su frente, que el sueño inclina, como á virgen bizantina

—
ceñida de una aureola.
De la bella solitaria que ojos curiosos observan, las manos blancas conservan la actitud de la plegaria.
Sorprendida por bostezo traidor, la doncella hermosa, como un silfo en una rosa dormía en su boca un rezo.
«¡Feliz, yo decía quien, católico con exceso, poner supiera en un beso á esa oración el *Amen!*»
Del corazón que latía con desusada viveza,

la sangre hasta mi cabeza en llamaradas subía.

—
Tal flaqueza perdonad... En lance tan imprevisto ¡qué sangre ¡sangre de Cristo! conserva su frialdad?
¡Imposible! De mi enfrente, bajo la falda asesina, una media tersa y fina reposaba blandamente sobre un libro, caído al suelo, que dice en su forro oscuro: *Camino recto y seguro para llegar hasta el cielo.*

JESÚS MURUAIS

El honor de Magdalena

CORRESPONDENCIA SORPRENDIDA.

—
Madrid 1.º de Mayo de 1880.

Adorada Magdalena: Acabo de llegar. Tu primo Carlos me ha recibido con una cortesía generosa y hospitalaria. Es realmente, según me habías dicho, un hombre encantador. ¡Qué bromista! Su ingenio es un almanaque de chistes. Su franqueza me enamora. Al ver mi enorme panza se ha echado á reír y ha dicho:

—¿Cómo se habrá casado mi prima con un hombre tan gordo?

Esposa adorada, no me olvides. Dá mil besos á nuestro Federico y recibe otros tantos de tu

ROQUE.

Madrid 2 de Mayo de 1880.

Esposa de mi alma: Ocurren cosas graves. Tu primo es un miserable, un bandido de guante blanco. Anoche me convidó á cenar en Fornos con otros viles caballeros de su estofa. No solo me obligó á pagar la cuenta, sino que á los postres, trastornado por el champag-ne, con los ojos como dos carbones encendidos, los bigotes erizados y la nariz hecha fruto de remolacha, me dió dos golpes en el abdomen y exclamó:

—Tu esposa hace bien en amarme y despreciarte.

—¿Estás loco?—le pregunté asombrado.

—Tú si que estás tonto. No ves, ni oyes, ni entiendes. ¡Pobre Roque! Tu mujer es una joya y no te la mereces. Las cosas caen del lado á que se inclinan.

Y él se cayó hecho un saco debajo de la mesa, ¡Miserable! ¡Vil! Injuriarte así á tí... ¡á tí que eres un ángel! No he podido dormir en toda la noche. Si mi confianza en tí no fuese tan grande, dudaría de tu fidelidad. Pero no; esta sospecha no cruza por mi mente.

Creo que debo desafiar á tu primo, matarle, beber su sangre y hacerme una maleta de su piel. Lo malo es que no manejo arma alguna. Sin embargo, Dios me ayudará, y como tengo la razón, como tu eres inocente, como las palabras de tu cinico primo constituyen una infamia abominable... el triunfo será mío. Tendré una maleta prima tuya... Quiero decir, de la piel de tu primo.

Aconséjame, angel mío.

ROQUE.

Madrid 3 de Mayo de 1880.

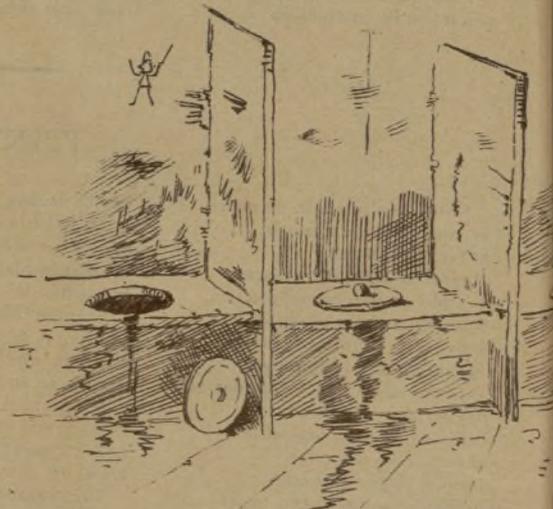
He enviado mis padrinos al odiado autor de la infamia. El se ha negado á dar toda explicación. Insiste en que es tu amante. ¡Vil, indigno y mal nacido! ¡Injuriar á la esposa de Roque Cornejo, que ha sido alcalde cuatro veces!

El duelo es á primera sangre, que es así como hacerse una sangría de á onza delante de padrinos. ¿No era mejor apelar al sangrador? Hemos elegido ya sitio: el paseo de coches del Retiro. Anoche estuve en casa de un maestro de armas, y después de ponerme una ca-

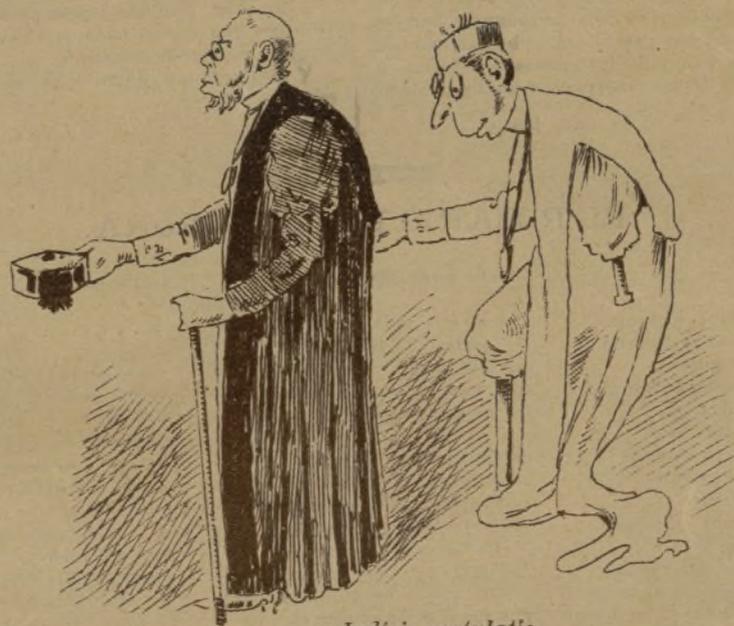
ACCIONES DILEY, POR CARRASCO.
(ESTRECHO.)



Distractio bonorum.



Communi dividendo.



Judicis postulatio.



¡Cuanti minoris!



Actio sacramenti.

P. Carrasco

reta de alambre como la que tenemos por ahí para ir al colmenar, hube de pagar media onza por dejarme pegar una paliza. El maestro de armas me dijo:

—Ya sabe Vd. morir en cuarta.

¿Qué será eso?

Yo no entiendo estas costumbres. ¡Convidar á cenar á un hombre para que le insulte á uno á los postres! ¡Dar media onza por una paliza! ¿Es esto civilización, Virgen del Socorro?

Pero yo tengo fe en tu virtud. Sé que mataré á tu primo porque la inocencia inmaculada tuya prestará resistencia á mi debil brazo. Los padrinos me han llevado al teatro, me han paseado en coche, me han convidado á comer y á puro de dos pesetas. Lo mismo hicieron con Angel Ursua. Yo estoy en capilla también.

ROQUE.

TELEGRAMA

Rondullo, 3 Mayo, 5,50 tarde.

Roque: Desafío imposible. —Da explicaciones. —No turbes felicidad esposa digna modelo. —¡Horror! — Vas á matar padre de tu hijo.

MAGDALENA.

Roque llegó á Rondullo tres días después de estos sucesos y dijo á sus amigos:

—No hay como una esposa prudente. Con un consejo, con una palabra ha apartado Magdalena de mi frente el rayo de la catástrofe.

Y se quedó tan contento de su frase como de su esposa.

J. ORTEGA MUNILLA.

EL ROSARIO DE LA AURORA.

I.

—¡Vamos, vamos, hija mía, que eso ya está muy mal hecho! Eso es un pecado gordo ¡muy gordo! ¡un pecado horrendo! ¿Qué dirían, si supieran tus amigas que haces eso? ¿No te horroriza el pensarlo?... ¿Y si te vieran haciéndolo? ¿Te atreverías delante de uno que os viera?... ¿No? pero ¿no consideras que Dios cuando lo haces te está viendo?... ¡Ya ves! Dios! Dios que es tan puro! ¡Dios, que es tan puro y tan bueno! ¡Además, que así te pierdes: que así no se gana el cielo!... ¿No lo comprendes, Aurora? —Si, padre: ya lo comprendo y se lo digo á mi primo todo eso ¡y yo nunca quiero!... Pero como él está en casa todo el día y es tan terco... ¡y además, me engaña! siempre está inventando mil juegos, y primero... Verá Vd lo que el hace. Lo primero, en cuanto estamos los dos solos, es pedirme un beso; le digo: — ¿Eso solo? y dice que sí; se lo doy y luego ya quiere más y en seguida... —Pero tu madre á todo esto

¿dónde está? ¿qué hace?

—Eso es solo cuando ella anda por adentro... O... ¿sabe Vd.? le decimos que nos vamos al ropero, (que es un cuarto muy oscuro) á arreglar la ropa...

—Bueno: pues es preciso, hija mía, que cortemos de raíz eso. —¿El qué? —¡Ese pecado enorme que te lleva hacia el infierno! ¿Vas á hacer lo que te diga?... ¿Lo prometes? —Lo prometo. —Pues, por lo pronto, no te has de separar ni un momento de tu madre; si va el primo, que vaya! Nada de juegos ni de bromas. En cuanto él te hable de darle algun beso te santiguas y te vas sin contestarle, corriendo, á tu cuarto ¡y ten cuidado de echar la llave por dentro!... Si á pesar de esto algún día, por no hacer lo que te ordeno, vuelve á tentarte el demonio y vuelves á hacer aquello... si no rezas tres rosarios enseguida, no te absuelvo cuando vengas otra vez á confesarte. ¿Oyes?... Bueno. Conque ¿lo harás, eh?

—¡Si, padre!

—¿Lo prometes?

—Lo prometo

II.

—¡Tanto bueno por mi casa! ¿Como está Vd., padre Anselmo? —Bien ¡y Vd., señora? —Bien, gracias á Dios. —Lo celebro. —Aquí... siéntese usted aquí. —¿Y Aurorita? —Por ahí dentro. No sé si está con su primo en... arreglando el ropero ó en su cuarto... ¿Sabe Vd., que hace unos días que observo que esta chica...? Siempre ha sido buena... pero es que ahora creo que si sigue así va á haber que meterla en un convento —¿Pues y eso? —¡Si viera Vd. como le dá por el rezol! Apesar de que su primo se pasa aquí el día entero y lo natural es que anden siempre jugando y corriendo, ella, á lo mejor, esté quien esté, deja sus juegos, se va á su cuarto y se pone á rezar. —Bien: eso es bueno. —Todo el día se lo pasa rezando el rosario... —(¡Cuerno!)

GALÍ (MATÍAS)

DESPUES DE LOS EXAMENES.

—Hola, Serafin ¿qué tal? ¿Y tu padre? ¿y tus hermanos? —Todos buenos, muchas gracias. ¿Y D. Ruperto? —En los baños... Pero ven, dame un besito. ¡Qué hermoso estas y qué guapo! —Muchas gracias. —¡Y has crecido! ¡Caramba con el mucha cho!

Tanto tiempo sin venir... —Es porque me he examinado... —Siéntate aquí, en mis rodillas. ¡Qué color tienes más sano! ¡y que cutis más finito!... Pero oye, ¿te has afeitado? —Me afeitó papá ant'ayer; ¡tengo ya catorce años! —Dime ¡y por qué no te peinan con raya?... Ven á mi cuarto,

que allí tengo tocador, y voy á ponerte majo, y te daré una cosita... —¿Un caramelo?

—Si; vamos, date prisa, Serafin, ¡quieres que te lleve en brazos? —¡Ay! ¡que me tira usted al suelo! ¡Ay, ay, ay! ¡que me hace daño! —¡Qué rico! y no pesa nada...

mira ¿ves? este es mi cuarto
vcy á peinarte... Monin,
¿conque te has examinado?
—Sí señora, y... sali mal...
—¿Te han suspendido?
—En las cuatro.
— ¡Qué injusticia! ¡pobrecillo!...
Ven aquí; daime un abrazo,
besame tú, cariñito.

— ¡Que me hace usted mucho daño!
— Tonto, si ha sido un botón...
Mira, ya me lo he arrancado.
Danie tú un besito.
—No;
no señora, que me marchó.
—Espera un poquito, hermoso.
—No me dá la gana, vamos,
¡suelteme usted, que me voy!

—Ya estás suelto. ¡Adios, muchacho!
que le digas á tu padre
que mi esposo está en los baños.
No se te olvide; pero hombre
¡te vas sin darme un abrazo!
—Bueno, bueno. suelteme...
¡Ay ay, ay! ¡que me hace daño!...

JOSÉ BRISSA.

CUENTO

Me ha ocurrido de repente
contar un cuento y no sé
con qué título lo cuente...
¡Ah, sí! ¡Ya está! *Para que
no se pierda la simiente.*

(Creo que no se podría
mejor título encontrar
cuando cuento, por contar,
un cuento que todavía
no sé como he de empezar.)

Pues señor... (empiezo) Esto era
una vez que había *allí*...
(Este allí es donde uno quiera;
el caso es que se pudiera
empezar el cuento así.)

Digo, que una vez había
dos novios que se adoraban
casi con idolatría,
tanto que ya casi daban
dentera al que los veía.

(Y calculen á placer,
si casi harían dentera
al que los llegaba á ver...
¡cuando ninguno los viera

lo que debían hacer!)

Se llamaba él Ramon; y ella
Mercedes; él era un chico
guapo, pero la doncella...
¡Vamos! que al lado de aquella
cualquiera parece un mico.

Sucedió, pues, que Ramon
fué un día á ver á Mercedes
y fué en tan buena ocasión
que la halló en su habitación
sola... ¡figúrense Vdes!

La mamá había salido
y cuando subió el camueso
la encontró sola en el nido.
(¡Como que había subido
precisamente por eso!)

Así es que cuando él llamó,
Mercedes tierna y amante
á su cuarto lo llevó
y, claro está, no encontró
ni un obstáculo delante.

¡Ay! ¡Qué cosas se dijeron!
¡Cualquiera se acuerda ya

de los besos que se dieron...
Pues sí, sí; después se fueron
á dárselos al sofá!...

Y entre mimos y ternezás
y entre suspiros y abrazos,
pegaditas las cabezas...
¡Va! ¡ya estaban buenas piezas
aquel par de bribonazos!

Luego, el bueno de Ramon,
cogió en brazos á Mercedes,
la llevó á otra habitación
y... (¿No les parece á Vdes.
que corramos el telón?)

¡Que qué harán por allí? ¡Oh!
no sé, pero se han entrado;
ni Vdes. los ven ni yo...
¡pues! .. *colorin colorado*;
este cuento se acabó.

Eso sí; por si me apunta
algún lector la pregunta
usual le saldré al encuentro:
¿No le ha visto Vd. la punta?
¡Será que la tiene dentro!

FRUTOS VERDES.

CHISMES Y CUENTOS

El periódico más indecente y desvergonzado de Barcelona; aquel cuyos números no han podido nunca ser dejados donde haya señoritas ó niños de poca edad, nos acusa la semana pasada... ¿de qué dirían Vdes? de desvergonzados.

Si esto nos lo hubiera dicho un periódico serio y digno, procuraríamos sincerarnos de la acusación. Tratándose, como se trata, del papel *ese*, no. ¿Para qué?

¿Quiere el periódico mencionado que empecemos á citarle escritos y caricaturas suyas, capaces de hacer ruborizar á un guarda-cantón?

* *

Pero ahora que caemos en la cuenta...

Diganos el colega que no, que no quiere.

Porque si transcribiéramos parte—parte no más—de las desvergüenzas que en él se han publicado, resultaría que tendría razón.

Y que no él, sino cualquiera, podría tacharnos de desvergonzados.

Y entonces con motivo.

* *

Para acabar.

Repliquenos ó no el colega, no volveremos á perder el tiempo contendiendo con él.

Por dos razones.

Primera, porque no queremos dar importancia á lo que, más que apreciación imparcial y razonada, parecen pataletas de su administración.

Y segunda, porque el colega hace una peste á difunto, que trasciende.

Y ¡qué más respetable y digno de consideración que un difunto!

* *

Tanto y tanto le rogaron
dos redactores de *El Pito*,
que al fin se suscribió Concha
al nuevo periodiquillo.

Y decía ayer, contándole
á una amiga lo ocurrido,
que ella *no quería pero...*
por fuerza se lo han metido.

Imp. Militar y Comercial. Arco del Teatro, 9, pasaje.

